

SOBRE POESÍA Y POETAS EN LA SEGUNDA MITAD DEL XIX

MARÍA ÁNGELES NAVAL
Universidad de Zaragoza

El poeta y el burgués de Marta Palenque tiene su arranque en algunas consideraciones que la crítica viene haciendo sobre la poesía de la segunda mitad del siglo XIX en las que el «realismo» poético se erige como piedra de toque de una velada polémica ¹. En 1963 publica Joaquín Marco su artículo «*El tren expreso* y el falso realismo de Campoamor» donde se anota que Campoamor pervive en una estética sentimental de cementerio, amada tuberculosa, estrellas errantes, etc. ². Jorge Urrutia, en 1973, escribe presentando una imagen de Bécquer como poeta realista ³ y en 1983 publica su artículo «Reconsideración de la poesía realista española» ⁴. Urrutia plantea primero la necesidad metodológica de una poesía realista «la que se escribe entre el final del Romanticismo y la aparición de la poesía moderna: nuevos planteamientos del 98, Modernismo y Vanguardia» (91-92) y después propone una poética de la poesía realista, cuyo más nítido estandarte sería Campoamor. Marta Palenque sigue las pautas de este último artículo y fundamenta su exposición en la existencia de una poesía realista, que ella define en cuanto puede detectarse una voluntad de rechazo de los postulados románticos y una reacción temática y formal contra ese movimiento. Tanto Urrutia como Palenque se

¹ Marta Palenque, *El poeta y el burgués (poesía y público 1850-1900)*, Sevilla, Alfar/Universidad, 1990.

² Se publicó el artículo en *Revista de literatura*, núms. 45-46 y puede leerse en J. Marco, *Ejercicios literarios*, Barcelona, Taber, 1969.

³ «Bécquer ¿Poeta materialista?», *Boletín de la Real Academia Española*, LIII, mayo-agosto 1973, pp. 339-340.

⁴ *Reflexión sobre la literatura*, Sevilla, Universidad, 1983, pp. 85-113.

apoyan en el libro de Salvador García, *Las ideas literarias en España entre 1840 y 1850* (1971). De cualquier forma, discernir la existencia o no de una poesía realista se plantea como un problema de metodología literaria, de periodización del siglo XIX, más que como una cuestión estética, filosófica o de cosmovisión. En suma, se termina hablando de poesía burguesa o de poesía de la Restauración.

La poesía de la Restauración y la que la precede inmediatamente, aquella que entre 1840 y 1850 comenzó a deponer parte de su carga romántica, se define ante todo como un hecho social y así se analiza en la primera parte de este libro. Marta Palenque, aunque parte de presupuestos estéticos y aborda, en primer lugar, la existencia de diferentes corrientes en la literatura de este período (romanticismo, realismo, naturalismo, modernismo), revela en el conjunto del libro el carácter eminentemente social de esta poesía. Esto quiere decir que, al margen de los grandes hitos de la historia intelectual, dándose además bajo el signo de la ausencia de grandes figuras, la poesía de la Restauración tiene una incidencia importante en la vida cotidiana de determinadas capas de la sociedad. Evidentemente, la condición del público que puede acceder a ella, así como los cauces librescos, académicos o periodísticos por los que discurre, nos definen una poesía de talante burgués, impregnada de los valores familiares, históricos, patrióticos y sentimentales propios de la sociedad conservadora que se configuró bajo el liberalismo español.

De esta forma, hablar de la poesía entre 1850 y 1900 supone encarar uno de los aspectos más destacados de la vida social burguesa: la distribución del tiempo libre. Pues la poesía se encuentra vinculada a unos hábitos sociales ociosos: las sesiones de los ateneos y academias de todo signo (jesuíticas, proletarias, universitarias), las tertulias de los salones, o las más intelectuales polémicas periodísticas sobre la lírica pueden considerarse como manifestaciones públicas y sociales de esta forma literaria. También la prensa imbuye a la poesía publicada en periódicos y revistas en los cauces colectivos de esta sociedad burguesa, lectora y ociosa. La escritura y la lectura impresa sirven para identificar al grupo social que es capaz de ejercitar tales actividades. Marta Palenque dedica la parte tercera de su libro a analizar el público, los lectores, de la poesía restauracionista o realista: el lector teórico ideal, portador del buen gusto, establecido en las artes poé-

ticas, artes de lectura, etc.; el lector implícito, aquel que supone el autor como receptor de sus textos; y el lector real (el aumento de la población alfabetizada, la incorporación de las mujeres a la lectura en la época de la Restauración y, en general, el surgir de un público burgués y urbano). El lector ideal de la poesía es un lector sensible e instruido. Ahora bien, este lector ideal se ve deturpado de alguna manera por el lector real, aquel que la búsqueda de un público que proporcione el éxito literario canoniza, aunque sea lector inculto. Mediante el análisis de esta tensión entre lector ideal y el lector real nos conduce la autora por los vericuetos en que se desenvuelve la poesía en la sociedad, desde la escuela al salón aristocrático.

Buena parte de la producción en verso entre 1850 y 1900 alberga en su contenido una vocación didáctica, educativa e ideológica, esto es, se trata de una poesía que cree en su capacidad de incidencia social. Estos presupuestos moralizantes explican la permanencia de la poesía, sobre todo la de Campoamor y la de sus imitadores, en unos cauces de expresión tradicionales como la fábula y los recursos paremiológicos. La poesía se hace eco de todas las inquietudes sociales y participa de los grandes debates en torno a la ciencia española o al materialismo y la fe o al debate entre tradición y revolución. Este tipo de poesía puede adquirir unos tonos grandilocuentes, ejemplificados en *Gritos del combate* de G. Núñez de Arce, que hacen señalar a Marta Palenque la existencia de una vía de continuidad con la poesía civil de Manuel J. Quintana. Además de la «poesía conceptual y de sencillez expresiva» de Campoamor y la de «expresión grandilocuente» de Núñez de Arce, que representan el carácter más genuino de la poesía realista en cuanto suponen la creación de formas y temas nuevos, distingue la autora: una poesía en la que se mantienen las formas y los motivos románticos, que corresponde a la poesía becqueriana y al simbolismo emblemático de Selgas, así como a la poesía de tipo popular, a los cantares; y otra que propone la vuelta al clasicismo. Esta última es una poesía erudita y elitista, casi filológica o humanística, horaciana, a ella se adscriben J. Varela, Marcelino Menéndez Pelayo, Rodríguez Marín. Los colegios, fundamentalmente los de jesuitas, adiestraban a sus alumnos en el cultivo de esta poesía de aspiración greco-latina. No es de extrañar, pues, que esta última vertiente, a mi juicio poco destacable en el modelo poético de la Restauración, haya gozado de una re-

levancia que le fue concedida por la historiografía académica oficial. El padre Blanco, el cual sin duda ninguna se mostraba adepto a esta tendencia, pues calificaba de aplebeyada a la poesía de Campoamor y a la de los autores de cantares, dice en su *Literatura Española en el siglo XIX*: «Lo que caracterizó a la poesía lírica nacional desde 1850 fue el regreso a las olvidadas tradiciones clásicas, así en sus fuentes latinas como en las castellanas de los siglos XVI y XVII»⁵.

Juan María Díez Taboada en «El germanismo y la renovación de la lírica española en el siglo XIX (1840-1870)» retoma esta idea⁶, que posiblemente hubiera que matizar remitiendo la aspiración de los clasicistas a sus justos términos. José María de Cossío aísla la corriente clasicista en estas frases emblemáticas que denotan el carácter excéntrico de esta poesía: «Lo clásico no es más que lo que permanece, y quien planta su hiedra al pie de un tronco perenne no podrá aspirar a que se convierta en rama vigorosa de él, pero sí a que se tenga en pie y amenice su desnudo ímpetu vegetal»⁷.

Por lo que respecta a las otras dos corrientes creo que es necesario insistir en la mezcolanza y promiscuidad de estilos que dibujan el panorama de la poesía burguesa española del XIX. Anotar propuestas estéticas sólidas e independientes centradas en las figuras de Bécquer, Campoamor y Núñez de Arce es una forma metodológica y didáctica, pero arbitraria, de establecer un orden. Estos autores más señeros no consiguen alterar ese *continuum* imitativo y conformista ni dotarlo de una vigencia estética e intelectual suficiente para poder dejar de hablar de la poesía de este período como poesía divulgada, mayoritaria y en franca familiaridad con la infra-literatura.

En la maltrecha historiografía de la Restauración el libro de Palenque supone un avance importante sobre el imprescindible repertorio de Cossío y contribuye a introducir el análisis de la denostada poesía del siglo XIX español en unos cauces críticos de interés y actualidad evidentes. Sociología, semiología y estética de la recepción se dan la mano con un buen soporte documental y erudito para avanzar en esta tan necesaria como ineludible recuperación de la cultura española de la segunda mitad del siglo XIX.

⁵ Madrid, Sáenz de Jubera Hnos., 1891, t. II, p. 13.

⁶ *Filología Moderna*, 5, 1961, pp. 24 y 25.

⁷ *Cincuenta años de Poesía Española (1850-1900)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1960, I, p. 677.